

LA VOCACIÓN DEL MAESTRO LA MEDIACIÓN

Toda vocación es en esencia mediadora. Lo hemos ido viendo en todas sus notas sorprendidas empíricamente, y en la consideración final que pudiéramos llamar metafísica. Mediadora entre las fuerzas y modalidades que constituyen al individuo, entre los planos del ser y de la realidad, de la vida y de la razón. Mas es mediadora también y en grado eminente en sentido social, es mediadora entre el individuo y la sociedad, pues que toda vocación al acabar en una ofrenda es por esencia de naturaleza social. Nada hay que más que ella ligue al individuo con la sociedad, ni la heredada posición social, ni los oficios del poder, ni las apariciones fulgurantes en la escena crean este vínculo entre el individuo y la sociedad del modo permanente en que se da cuando el maestro cumple su vocación.

Sigue siendo un método seguro para descubrir el ser de algo el situarlo dentro de su especie, según hemos procurado hacer, y el ver luego las diferencias dentro de ella con el género o los géneros más próximos. Y así intentaremos hacerlo.

En este caso la etimología de la palabra maestro no nos alumbra mucho, pues que viene de "magister", como bien sabido es, y "magister" dicen que de "magis", un adverbio comparativo. Es un grado supremo pues, es lo más. Pero este más ¿a qué otro se refiere que sea menos? No aparece tan claramente, pues que de una parte el grado de maestro es más, el más que el aprendiz en los oficios y artesanías —cosa ésta que conviene no olvidar—, y más que el de estudiante o licenciado y aun doctor, si de estudios se trata. El maestro es pues más de lo que él mismo era antes de llegar a serlo, el peldaño superior de una escala, la copa de un árbol. Ha tenido que llegar a serlo, en suma. Es pues un cumplimiento, un término más allá del cual no hay ningún otro. En el caso de los oficios y artesanías se trata del grado supremo del hacer, en el de los estudios del saber, mas no tan simplemente, del saber de aquello que hay que enseñar y de saber enseñarlo —lo que no deja de ser cierto igualmente para el hacer de los oficios—.

Se trata pues de un grado transmisor por excelencia, por esencia, ya que el aprendiz o el estudiante puede transmitir algo a sus compañeros, mas si así no lo hace no falta a su deber, mientras el maestro deja de serlo se convierte en una contrafigura de su ser, si no logra transmitir de algún modo a quienes le están encomendados, en principio a todos, su enseñanza. De ahí que el maestro que tanto terror despierta en el alumno porque le examina él se está examinando siempre; su actuación es un perpetuo examen, una continua prueba.

Se cuenta de las antiguas iniciaciones en las religiones místicas que el iniciando había de someterse a una cadena de pruebas. Mas el maestro es diferente de ellos también, pues que [para] adquirir su grado supremo ha de pasar por pruebas no exentas de dificultad, mas luego se encuentra en una prueba sin fin, de toda hora. Es una condición que se adquiere, mas a condición de ser readquirida en cada instante. Y puede perderse, pues muchos habrán sido maestros cumplidamente durante un tiempo de su vida, y luego un día ya no podrán seguir siéndolo. Y entonces el haber sido maestro queda como algo esencial sin duda de la persona, mas que no la define por completo; se dirá de ella cuando desaparezca en ese recuento biográfico que la muerte no perdona, que fue maestro también, y si no fue luego alguna otra cosa quedará como alguien que se detuvo a mitad del camino. A no ser que haya dejado de ser maestro de un modo para serlo de algún otro, ya que se puede y aun es necesario que el magisterio se ejerza de muchas maneras en una sociedad.

Y tanto es así que dentro de la misma sociedad en que vive el maestro hay funciones lindantes con la suya y que a veces coinciden con ella felizmente y que en otras parecen invadirla. Pues que no sucede por simple azar que algunos regímenes políticos, algunos hombres de estado choquen con el magisterio establecido y aun actuante. Y que el cuerpo escolar en su integridad se mueva dentro de dimensiones que podemos llamar políticas. Ello sucede de hecho por diversos motivos, legítimos o ilegítimos, mas sucede en algunos casos por algo, por un elemento que es el único que aquí nos interesa considerar, porque el tal estado a través de algunos de sus representantes invaden la condición del maestro y por tanto la de discípulo indebidamente. En cambio, cuando el estado a través de sus máximos representantes ejercen una función educativa, se llega a lo más –aquí también tenemos lo más– que un estado puede llegar.

Pues no ha sido posible hacer la teoría de un estado perfecto, desde la República de Platón –perfecto en cuanto a la intención de que así fuera– sin

tro es mediador con respecto al ser en tanto crece, y crecer para lo humano es no sólo aumentar sino integrarse, es decir, algo todavía más que desarrollarse como lo es para una planta y para un animal. El maestro es mediador sin duda alguna entre el saber y la ignorancia, entre la luz de la razón y la confusión en que inicialmente suele estar todo hombre. Mas lo es en función de que la criatura humana necesita de esos saberes múltiples y diversos para integrarse, para crecer en sentido propiamente humano, para ser; en razón de que ha menester de que se encienda en su conciencia y en su ánimo la luz de la razón y de que una vez encendida se condense, germine diríamos. El crecimiento humano, en esto no se distingue de los demás vivientes, parte de un germen que se va convirtiendo en una forma orgánica; sólo que en el hombre este germen o es doble o es uno que incluye con la vida la razón y la exigencia de llegar a ser una persona íntegramente. Y es justamente ahí donde se ejerce la acción del maestro, de donde arranca y donde vuelve una y otra vez ese movimiento circular que describe toda acción mediadora. Y así el maestro al serlo del ser humano en tanto que es un ser que crece ha de hacer descender, por así decir, sobre él razón, bien y verdad, también armonía y orden fundamentos de la belleza en función justamente del ser; mediador ante todo y sobre todo del ser mismo, de ese ser —persistente problema de la filosofía— que mirado desde lejos parece inaccesible, y que luego fructifica en el hombre como en su terreno de elección.

Esperamos pues, que haya quedado claro lo que enunciábamos al comienzo de estas páginas, o sea: que solamente un pensamiento que rescate el ser y la razón, la verdad y la vida para la existencia concreta del hombre estaría en condiciones de alumbrar y de sostener el fenómeno de la vocación que parece tan extraordinario y que resulta que de un modo o de otro todos tienen, aunque no lo sepan. Y que la vocación de maestro es la vocación entre todas la más indispensable, la más próxima a la del autor de una vida, pues que la conduce a su realización plena.

Noviembre de 1965

María Zambrano